



#### REVISTA SEMANAL.

Se publican cuatro números mensuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 1.º—NÚMERO 4.º

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

#### ADVERTENCIAS.

Habiendo entrado nuestra Revista en el 2.º año de su publicacion, y haciendo esta Administracion cuantos esfuerzos están á su alcance para darla toda clase de mejoras, siendo la primera el haber establecido una imprenta expresamente para que el periódico no sufra retraso y salga semanalmente y sin interrupcion alguna,

Rogamos á los señores suscritores que estén en descubierto, tanto en las mensualidades vencidas, como en el envio del trimestre adelantado, se sirvan remitir uno y otro, pues su cortísimo precio les hará fácil el pago, y donde no haya letras del giro mútuo, pueden remitirlo en sellos de diez céntimos.

Quedando pocos ejemplares de las obras que tenemos anunciadas, y siendo preferidos para adquirirlas los señores suscritores á LA MADRE DE FAMILIA, les advertimos, que la rebaja hecha á éstos, durará solo hasta el 30 de Mayo, pues desde ese dia en adelante volverán á tomar su anterior precio de 160 rs.

#### SUMARIO.

El toque de la Oracion, por D. Lorenzo de Aguirre.  
—Una herencia de llanto, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—Salve, poesía.—¡Solo un Dios y solo un culto! por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.  
Á Adriana, poesía, por id.—Seccion para los niños: Ángel y Mártir, por id.—Variedades.

#### EL TOQUE DE LA ORACION.

CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS.

I.

Luis habia ocupado una gran posicion social. Reveses de fortuna le arrebataron todo cuanto tenia, dejándole reducido á la mas espantosa miseria. El infortunio abrumó con su tremenda pesadumbre su corazon noble y honrado.

Fué un momento de mortal angustia, cuando á solas con su esposa tuvo que descubrirla el horrible secreto de su situacion. Pocas, pero elocuentes palabras, salieron de sus labios en aquel tristísimo instante de su vida.

—¡Estamos arruinados, Valentina mia!

Abrió la esposa los ojos arrasados de lágrimas para fijarlos en el abatido semblante de Luis,



que fatigado por el inmenso esfuerzo de aquellas pocas palabras, habia dejado caer la cabeza sobre el pecho, no pudiendo contener dos lágrimas que rodaban silenciosamente por sus mejillas.

Valentina comprendió la mortal angustia que oprimia el corazón del tierno compañero de su vida. Leyendo en el fondo de aquel gran dolor, vió que Luis sufría por ella; y con aquel heroísmo solo propio de la mujer, estampó un casto beso en la pálida frente de su esposo, y le dijo con inmensa ternura:

—Luis de mi vida, tranquilízate. Dios nos habia dado esa fortuna. Hoy permite que la perdamos. Acatemos resignados sus altos decretos. Vive y trabaja, porque sin tí, ¿qué será de mí y de nuestro hijo?

—¡Ay, Valentina mía! Tienes razón. ¡Pero pensar que todo esto es resultado de la perversidad de un hombre; pensar que mi honrada confianza es la causa de nuestra ruina; que he comprometido tu porvenir y el porvenir de nuestro hijo!

—Perdónalo todo. Deja que Dios juzgue y castigue. Piensa en que tal vez por este medio la Providencia prueba tu constancia y tu fe; y espera, que Dios al fin premiará nuestra resignación y nuestra confianza. No olvides aquellas dulcísimas palabras con que todos los días invocamos á María protectora del género humano, «consuelo de los afligidos.»

Un niño, que apenas articulaba alguna palabra, era el solo testigo de aquella escena. Fruto del feliz matrimonio de Luis y Valentina, arrodillado al pie del regazo de su madre, alzaba sus tiernos brazos hácia Luis, repitiendo con voz angelical las últimas palabras de Valentina.

Luis estrechó contra su corazón á aquellos dos seres que la Providencia le habia enviado para consuelo de su vida. Lloró con ellos, y sintió inmenso alivio en su amargura.

## II.

Tres años despues, al comenzar una de esas noches tristes y largas de invierno, á la vacilante luz del mal encendido fuego, en la ruinosa casa de una aldea, se percibía una mujer jóven y hermosa aun, á pesar de las dolorosas huellas que surcaban su rostro.

Era Valentina. Con el rosario en la mano oraba con santa resignación. La campana de la parroquia dió el toque á la oración. Alzóse Valentina impaciente, diciendo:

—¡Dios mío, cuánto tardan! ¿Qué les habrá ocurrido? Pobre Luis de mi alma, cuán triste es nuestra vida!

Tendió la vista por el campo, pero las sombras de la noche nada le dejaron percibir. Escuchó

atenta, y ningún ruido vino á darla el menor indicio de la vuelta de su esposo y de su hijo. Inmóvil en la puerta de su casa, esperó y volvió á orar, llena de mortal angustia.

El ruido de una respiración anhelosa y el de unos pasos vacilantes, llamaron su atención.

—¿Serán ellos? pensó. No, Luis viene ligero y firme. Pero esa voz es la de mi hijo. ¡Dios mío, qué será! Y salió presurosa al encuentro de los que se acercaban.

—Luis, ¿qué tienes? ¿qué te sucede?

—Nada, nada, contestó él con voz fatigada y difícil: corre á casa, enciende luz y prepara nuestra cama. Este hombre herido, tal vez próximo á morir, reclama los auxilios de nuestra ardiente caridad.

Cortos momentos despues, el herido descansaba en el lecho que Valentina habia preparado.

Dió sobre el rostro del herido la luz de una pequeña lámpara, y Valentina cayó de rodillas con las manos y los ojos levantados al cielo, exclamando:

—¡Gracias, gracias, Dios de bondad infinita! ¡Benditos sean vuestros inescrutables decretos!

El herido era precisamente el hombre que habia causado la ruina de aquella familia.

Luis, siempre dócil á los ruegos de su excelente y resignada esposa, habia resistido sin embargo á todas sus cristianas exhortaciones para que perdonase á aquel hombre. Cuando abrumado por las inmensas privaciones, á que la miseria le sujetó, juraba no perdonar, Valentina le veía alejarse desesperado y temblando de ira.

El espectáculo que acababa de presenciar, el cuidadoso trabajo con que Luis depositó al herido en la cama, hasta la mortal angustia que se reflejaba en su semblante, todo reveló á Valentina que el mas sincero perdón habia extinguido el rencor en el corazón de su esposo. Y ante aquella idea que habia llenado tres años su pensamiento, siendo su constante deseo, cayó de rodillas dando gracias á Dios.

Ni por un momento se detuvo á pensar en la posibilidad de que Luis fuera la causa del lamentable estado del herido. Bastábale saber que Luis era bueno.

Los cuidados del enfermo ocuparon la atención de ambos esposos.

Cuando recobró el conocimiento preguntando: ¿dónde estoy?; cuando á la débil luz de la lámpara reconoció á Luis y Valentina, que con ardiente caridad le asistían, una nube de acusadores recuerdos se agolpó á su memoria, una lágrima asomó á sus ojos, y sollozando quiso dar gracias.

Valentina, con inefable dulzura, le excitó á



guardar silencio, y el herido murmuró la palabra perdón, besando la mano de Luis, que le curaba.

### III.

En un rincón de la estancia, velando al herido, cuya anhelosa respiración anunciaba el crecimiento de la calentura, el anciano párroco de la aldea escuchaba la relación de Luis y Valentina.

—Conoce V., decía Luis, todas nuestras desgracias. Había jurado vengarme. Los cristianos consejos de V. no me calmaban. Los cuidadosos consuelos de esta santa mujer solo servían para excitar más el odio en mi corazón contra el autor de esas desgracias. Porque, ¿cómo perdonar á quien había causado mi deshonra, la pérdida de mi fortuna, y por conclusión, las infinitas privaciones que sufren mi esposa y mi hijo, estas dulcísimas prendas de mi alma?

Volvió esta tarde del monte, agobiado bajo el peso del cansancio, producido más por el infortunio que por la carga que conducía.

El niño venía delante de mí repitiendo con voz angelical las oraciones que su madre le enseñaba, y que más de una vez sirven para ahuyentar mis penas.

De pronto retrocedió á guarecerse cerca de mí, asustado por unos tristes lamentos que se oían.

Dejé mi carga y fui en dirección de aquellos quejidos, cuando encontré á un hombre tendido en el suelo.

Pregunté, y no obtuve respuesta. Me acerqué, me arrodillé al lado de aquel hombre, y á la escasa luz de la luna.... ¡oh señor cura! reconocí al autor de todas mis desdichas.

Un pensamiento horrendo cruzó por mi mente. Todo el odio, todo el rencor atesorados por tantos años de desgracia, rebosando la medida del sufrimiento, parecían decirme: «he aquí tu hora tan deseada.» Me alcé terrible, frenético, con los cabellos erizados y las manos crispadas....

Por una coincidencia providencial, el herido abrió los ojos, que fijó en mí llenos de espanto, pero dolorosamente suplicantes. La campana de la parroquia se dejó sentir tocando á la oración, Y mi hijo se acercó descubriéndose y rezando la tierna invocación de la tarde á María.

Mis odios, mis rencores, se extinguieron. Bajé silenciosamente los ojos, caí de rodillas y recé obediente las oraciones que mi hijo, ángel de mi salvación, entonaba.

Cuando me levanté había perdonado. Sentí un bienestar indescriptible. Mis fuerzas se redoblaron. Y cargando sobre mis hombros el cuerpo inerte de ese hombre, pude llegar á depositarlo en mi cama, de la cual no saldrá sino curado ó

muerto, pero cuidadosamente asistido por nosotros.

—Y Dios premiará vuestra noble caridad, hijos míos, interrumpió el sacerdote. Ya por de pronto empezais á recoger el fruto de vuestra buena acción, habiendo conseguido sobreponeros á las tempestades que os agitaban, y alcanzando la tranquilidad de alma, que sigue siempre al perdón. Dios, al sujetaros á las duras pruebas porque estais pasando, preparó el camino de vuestra salvación en otra vida más duradera, más cierta que la de aquí; el trabajo de vuestras manos basta para cubrir vuestras necesidades, y la paz de vuestro espíritu os da más felicidades que todas las riquezas de que la suerte os ha despojado; vivis hoy más sossegados y más santamente dichosos que en los tiempos de vuestra prosperidad. Y todo lo debéis á la fe ardiente de esta santa mujer, que jamás ha puesto en duda la infinita providencia de Dios, procurando en vuestros días de tribulación calmar vuestros dolores con el recuerdo de aquellas palabras llenas de ternura con que el cristiano invoca á la Madre de Dios:

CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS.

Lorenzo de Aguirre.

### UNA HERENCIA DE LLANTO.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación).

La tempestad había pasado.

Ni el eco del vendaval ni la voz del trueno se dejaban escuchar en el espacio; pero el cielo seguía de un color opaco y ceniciento, y el aire húmedo y frío por de más.

Acababa de amanecer.

Los servidores de la casa de D. Diego empezaban á entregarse á sus diarias ocupaciones, mientras los señores dormían sin duda todavía.

Solo Adriana, siguiendo su eterna costumbre, había dejado el lecho y abierto los cristales de su ventana.

Dirigió su vista por los solitarios senderos, y murmuró con acento de íntima convicción:

—¡Oh! él no faltará á nuestra cita, estoy segura de ello: él no faltará y ya es hora de que yo vaya también.

La joven trenzó sus hermosos cabellos, y los colocó sobre su cabeza con una sencillez encantadora, pero con una gracia admirable.

Después se vistió con mayor esmero que otros días, y se contempló un instante en el espejo que adornaba su pequeña estancia.

Una sonrisa de satisfacción plegó sus labios al



hallarse tan hermosa; pero aquella sonrisa no era la de la coqueta orgullosa, que se conceptúa capaz de dominar y reinar doquiera con su espléndida belleza; era la cándida alegría de la mujer, que se encuentra lo suficiente bella para agradar al hombre que ama.

Adriana se envolvió en un abrigo y bajó la escalera, dirigiéndose rápidamente á uno de los patios interiores de la casa.

Una vez en él, tocó á una puerta situada en uno de los ángulos, diciendo al par con dulce acento:

—Andrea, mi buena Andrea, ¿estás levantada, di?

—Ya lo creo! respondió al punto desde adentro una voz fresca y juvenil: ¡Oh! pase V., señorita.

La puerta se abrió, y Adriana penetró en un cuarto reducido y pobre, pero brillante de limpieza y radiante de alegría.

La moradora de aquel cuarto era una niña de catorce á quince años, risueña como una mañana de Mayo, y encarnada como una rosa de Bengala.

Era hija de la nodriza de Adriana, que habia muerto hacia pocos años, dejando á la pobre niña encargada á sus buenos señores.

Estos dieron al padre de Andrea una plaza de guarda-bosque, y ambos vivian en la casa protegidos por la familia de Avendaño.

—¿Y tu padre? la preguntó Adriana, que la queria con extremo.

—Hace una hora que salió ya.

—¿Volverá pronto?

—Hasta las doce creo que no.

—Entonces ¿tú podrías acompañarme hoy como siempre?

—¡Qué! ¿Va á salir la señorita? preguntó la muchacha asombrada.

—Sí: ¿acaso te extraña? ¿No vamos todas las mañanas á dar un paseo antes de que mi madre pueda necesitarme?

—Es verdad; pero hoy....

—¿Qué?

—Como la noche ha sido tan mala y la tierra está tan mojada, yo creí....

—¿Que alteraria mis costumbres? no Andrea; ¿no soy yo una verdadera hija de las montañas, á quien no daña el frío ni asusta la lluvia? el aire matinal y nuestros largos paseos robustecen mi salud y me hacen ágil y fuerte. Por lo demás, tranquilízate: hoy no llegaremos, como otros dias, al extremo del bosque ni á la cabaña de María: hoy iremos solo á la ermita de la Virgen del Valle, y no pasaremos de allí.

—Por mí, ya sabe la señorita que no me canso nunca, y que estoy siempre dispuesta á acom-

pañarla á donde quiera que sea.

La jóven sonrió mirando con bondad á Andrea, y ambas se pusieron en marcha, saliendo juntas de la casa.

El suelo estaba húmedo aun, y las dos jóvenes dejaban impreso su diminuto pié sobre las sendas que seguian.

Adriana caminaba deprisa y parecia preocupada.

Su jóven compañera lo notó sin duda porque se atrevió á preguntar:

—¿Está V. triste, señorita?

—¡Yo! exclamó Adriana estremeciéndose: ¡Yo! no; ¿por qué lo preguntas?

—¿Como va V. tan callada y no tan risueña como otros dias!

—Iba pensando en hacerte una súplica.

—¡Á mí! dijo la muchacha asombrada; ¿una súplica á mí! ya sabe V., señorita, que soy suya enteramente.

—Acaso te extrañará lo que voy á decirte; pero aunque eres una niña tengo en tí una confianza ilimitada.... mas que en ninguno de nuestros antiguos servidores.

Los ojos de Andrea brillaron con un destello de alegría y orgullo, y no se atrevió á hablar una palabra por temor de interrumpir á Adriana.

Ésta continuó:

—Ya sabes que hace tiempo nos encontramos continuamente á un jóven....

—Sí; al Sr. Armando, el dueño de una alquería medio destruida, situada en la falda de un monte, á dos leguas escasas de aquí.

—Sí, ese mismo.

—Es un jóven generoso y valiente, á quien los pobres bendicen y temen los malhechores; solo tiene un defecto, y es que siempre se le vé solo; que huye de las gentes y que rara vez puede oírse el eco de sus palabras; además dicen los que viven mas cerca de él, que jamás se sonríe y que siempre está triste, hasta el extremo de que cuando algunos de los señores de los caseríos inmediatos han ido á visitarle, se ha negado siempre, no queriendo, por consiguiente, trato con sus vecinos.

—¿Y quién te ha dicho todo eso? preguntó Adriana con interés.

—¡Oh! mi prima Teresa que vive muy cerca de él, y cuya madre es la que sirve al Sr. Armando.

La jóven nada contestó, permaneciendo algunos instantes pensativa, pero sin detener su marcha.

Al cabo, y como tomando una resolución decisiva,

—Andrea, dijo, por causas que no es preciso decirte, ese jóven me espera en la capilla de la



Virgen: allí, acompañada solo de tí debo tener una explicacion con él, de la que acaso dependa mi porvenir: ofrécame, pues, que jamás revelarás á nadie mi encuentro con ese hombre, ni las palabras que escuches de la conversacion que vamos á tener.

—Yo lo prometo, señorita; nadie lo sabrá por mi parte, y antes me matarian que lograr que llegase á decirlo.

—Gracias, Andrea, exclamó Adriana; ya estaba yo segura de tí!

Al terminar estas palabras, el estrecho sendero que seguian daba una vuelta, y las mejillas de la señorita de Avendaño se pusieron encendidas y su corazon dobló sus latidos.

Desde aquel sitio podian distinguir la entrada de la capilla, y allí, ante aquellas paredes blancas como las alas de una paloma, sentado en un banco rústico, se destacaba la figura de un hombre inmóvil, pensativo, con los codos apoyados sobre las rodillas, y la cabeza oculta entre ambas manos.

Aquel hombre era Armando.

Adriana y su compañera aceleraron el paso y muy en breve se hallaron junto á él.

La tierra, reblandecida por la lluvia, apagaba el eco de las pisadas, y las dos niñas pudieron llegar junto al jóven sin que éste se hubiera apercibido de su presencia.

Adriana, educada lejos de las grandes ciudades, con su inocencia de ángel y su virginal sencillez, desconocia el arte del fingimiento y obraba con la digna rectitud de sus leales sentimientos.

Al llegar á aquel sitio, acompañada de Andrea, mas niña que ella, se creia tan bien custodiada como bajo el techo de la casa paterna, y ni tembló ni se turbó al llegar junto á aquel hombre á quien amaba, y decirle con su voz dulcísima y suave.

—Armando, ¿hace mucho tiempo que me esperais?

El jóven levantó la cabeza, y descubriéndose con un ademan rápido pero digno,

—Hace un instante que llegué, contestó solamente.

—¡Oh! no os movais, añadió Adriana vivamente, notando que Armando habia hecho un ademán para levantarse; no os movais: yo ocuparé un sitio allado vuestro, y aquí, acompañada por esta niña y cerca de la Virgen María, se verificará nuestra conferencia, protegida por la inocencia y santificada por la Madre de Dios.

¡SALVE!!

Salve, María,  
nítida estrella,  
mas pura y bella  
que oro de Ofir:  
salve, lucero  
de la alborada;  
torre cercada  
de escudos mil.

Salve, del cielo  
claro ornamento,  
del firmamento  
plácida luz:  
arca preciosa  
del Testamento,  
do tiene asiento  
y altar Jesus.

Jardin ameno,  
alba riente  
sellada fuente  
que en su cristal,  
de las alturas  
la imágen bella,  
mas pura que ella  
logró copiar.

Salve, azucena,  
gentil y hermosa  
de quien la rosa  
se enamoró:  
de tu albo cáliz  
lleno de encanto,  
¡misterio santo!  
brotó una flor,

¡Blanca paloma  
llena de galas,  
tiendes tus alas  
hácia el Señor!  
luz de mis ojos,  
elemente y pía,  
dulce alegría,  
faro de amor:

Luz que iluminas  
al peregrino,  
por el camino  
que ha de cruzar:  
pues eres MADRE  
DEL BUEN CONSEJO,  
por tí me dejo,  
dócil guiar.

Haz que mi pecho  
con santo anhelo,  
en rauda vuelo,  
suba hasta tí;  
y que mis labios,  
en su agonía,  
¡AVE MARÍA!  
logren decir.



## ¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

## Novela de costumbres.

(Continuacion.)

«Cuando llegamos á las puertas de nuestra casa, mi madre la ofreció á aquel jóven con la mas espontánea franqueza.

«Él, no sé si porque lo comprendió así, ó porque una ó dos veces se habian cruzado nuestras miradas, y habia podido leer en mi alma, aceptó el ofrecimiento y prometió volver á vernos.

«Al despedirse supimos su nombre: se llamaba Héctor Harry de Montalvan.»

Al llegar á estas palabras Elena se detuvo; pasó la mano por su frente y murmuró con un acento indescriptible:

—¡Oh! ya lo habia sospechado: el padre de Fanni es ese jóven de que se habla aquí! no hay duda; pero este apellido de Harry.... ¿si me engañaré? si.... ¡oh! continuemos, es preciso acabar. ¡Si esa niña fuera mi hermana, si esta extraña simpatía que me liga á ella fuera la voz de la sangre que se alza poderosa en mi corazón...! y.... ¿si las dos amáramos á Ricardo! esto es terrible, esto no puede ser. ¡Dios mio, Dios mio, aclarad esta duda, que yo sepa la verdad! ¡La verdad! ¡ay de mí.... en mi mano está, la toco y no me atrevo á descifrarla!

La pobre niña inclinó la frente: se sentía débil ante tantas emociones, y sobre todo, se veía sola para sufrirlas.

¡No tenia un corazón en quien depositar sus temores ó sus dudas!

Pero era forzoso salir de aquella situación, y al fin, haciendo un esfuerzo sobre sí misma pudo continuar:

«Pasaron algunos días.

«El recuerdo de Héctor no podía apartarse de mi memoria: á todas horas le veía como le miré por vez primera, triste, sombrío, sin esperanza ni consuelo.

«Todos los días me preguntaba con afán si sería aquel en que debia venir, y todos los días terminaban sin que él se hubiera presentado en nuestra casa.

«Á veces me preguntaba qué era lo que habia podido interesarme tanto en aquel hombre, y mi corazón me respondia sinceramente diciéndome que su desgracia, su abandono y la tristeza de que le habia encontrado cercado.

«Una tarde, por fin, le ví aparecer en nuestra morada.

«Mi madre, ignorando lo que pasaba en mi alma, le recibió con la mayor bondad.

«Héctor era siempre el mismo jóven melancólico y sombrío.

«La conversacion giró sobre mil cosas distintas.

«Al fin, como el que se halla abatido por un pesar ó dominado por una idea se ocupa tan solo de ella, volvió á hablarnos de su madre.

«Yo procuré de nuevo consolarle, y como todo consuelo viene de Dios, á Dios quise encaminar su pensamiento; pero ¡ay! con gran sorpresa mía su corazón permaneció insensible ante las esperanzas del cielo.

«Ni un rastro de fe, ni una idea de religion, ni una sombra de creencias, habia en el espíritu de aquel hombre.

«Pocas palabras bastaron para hacérmelo conocer, y quedé aterrada al ver el profundo vacío y la sombría aridez de aquel alma desolada.

«Héctor habia sufrido grandes pérdidas, rudos y terribles reveses de fortuna; ¡y no tenia para resistirlos el abrigo santo que presta el árbol de la Cruz!

«¡De cuántos consuelos habria carecido en este mundo aquel pobre corazón, que ni esperaba, ni creia!

—¡Oh! me dije, sintiendo brotar en mi pecho un anhelo nuevo y desconocido; ¡si yo pudiera hacerle creer! ¡si yo pudiera encender en su espíritu la pura llama de la fe! ¿y por qué no? esto debe ser muy fácil; ¿quién puede poner en duda la evidencia? ¿quién no admira y comprende la claridad del sol?

«En mi sencilla inocencia, en la seguridad infinita de mis creencias, no me ocurrió, siquiera por un momento, que fuese tarea árdua y difícil volver á Dios un corazón.

«Desde aquel día, al interés que en un principio me habia inspirado Héctor, se unió otro interés mas grande, mas puro, mas incomprensible: el de dar á su alma la santa y divina luz que atesoraba la mia.

«La casualidad me favoreció.

«Aquel hombre, cuyo corazón estaba solo, se sentia falta de amor, y al verme niña, cándida, ingénua, amante y bella, me amó tambien... al menos, así me lo dijo y así lo creí por mucho tiempo.

«Mi madre no se apercibió de aquel cariño, el primero que venia á llenar mi existencia, y nuestro afecto fué un secreto que nadie pudo penetrar.

«Héctor se hizo el amigo mas íntimo de nuestra casa, y en calidad de tal nos visitaba todos los días.

«Este trato íntimo acabó de estrechar los lazos que ligaban nuestros corazones.



»Cuando alguna vez le hablaba del cielo, del  
»pesar que me causaba su incredulidad, su ateis-  
»mo,

—»Consuelo, me decia, no me acuses; ya em-  
»piezo á tener fé, pues creo que existen los án-  
»geles cuando te veo á mi lado.

»Yo sonreia al escuchar estas palabras, y es-  
»peraba que al fin lograria atraerle al bien.

»Durante el tiempo de nuestros amores, Hé-  
»ctor se mostraba cada dia mas rendido, mas su-  
»miso á mi voluntad: nuevos horizontes se abrian  
»en el camino de su vida, y el sol de la ventura  
»empezaba á iluminar su frente, antes tan páli-  
»da y marchita.

»Su regeneracion fisica era visible y satisfac-  
»toria para mí, que me habia propuesto ser su  
»ángel custodio: un paso mas, y su regenera-  
»cion moral quedaria efectuada al influjo de  
»nuestro amor.

(Continuara).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## Á ADRIANA.

MUERTA EL 14 DE ABRIL DE 1876.

Ángel que tendiste el vuelo  
y la tierra abandonaste,  
flor que tu aroma llevaste  
á un valle de eterna luz:  
pájaro inocente y puro  
que en este mundo perdido,  
fuiste á buscar otro nido  
junto al árbol de la Cruz.

Fuente que apenas nacida  
de la vida en los umbrales,  
sin enturbiar tus cristales  
tu cauce fuiste á buscar:  
barquilla que en breve hallaste,  
del huracan á cubierto,  
un santo y bendito puerto  
contra las furias del mar.

Rosa que abriste tu caliz  
del sol al rayo primero,  
y con su fulgor postrero  
perdiste gala y calor;  
dichosa tú, que ignoraste  
de la vida la agonía,  
y ¡ay! de los que en tí, hija mia,  
cifraban su solo amor!

¡Ay de tus padres que lloran  
sin ventura y sin consuelo!  
¡cuánto les cuesta ese cielo  
que tú llegaste á alcanzar!  
¡Oh! si en ese Eden que habitas  
en bien y paz sin segundo,  
los recuerdos de este mundo  
pueden acaso llegar;

Si los querubes recojen

nuestras lágrimas de duelo,  
y las llevan en su anhelo  
á las plantas del Señor;  
tiende tus fulgidas alas  
ángel de divino encanto:  
seca de tu madre el llanto  
y mitiga su dolor.

Y pues vives á las plantas  
de la sagrada María,  
pídele dulce, hija mia,  
que ella calme su afliccion,  
y que tu mano inocente  
nuncio de venturas ciertas,  
les abra las santas puertas  
de la celeste mansion.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## SECCION PARA LOS NIÑOS.

FLORES DEL CIELO.

ÁNGEL Y MÁRTIR.

(CONTINUACION).

Eran apenas las ocho de la mañana.

El sol abrasador de Julio penetraba por dos  
anchísimas ventanas, en un extenso salon del  
palacio de Domiciano.

Junto á una de ellas, y cercado de mil terri-  
bles instrumentos, se hallaba el potro del tor-  
mento, con todo su horror, con todo su fatidico  
aparato de dolor y muerte.

En el testero principal se alzaba, sobre un pe-  
queño estrado, cubierto de tapices de púrpura,  
el trono del Gobernador.

Nada mas imponente que el aspecto de aque-  
lla estancia, en que con un cálculo estudiado se  
mezclaba todo el fausto y la ostentacion del po-  
der y de la fuerza, con el espanto de los supli-  
cios y con el aspecto de la muerte.

Los gobernadores de las provincias tributarias  
de la corte de Roma, con un bajo servilismo, con  
una adulacion rastrera y cobarde, se afanaban  
por satisfacer los caprichos, los deseos ó las ór-  
denes del tirano á quien daban el adjetivo de di-  
vino, colocado entonces en el trono del imperio.

Por eso, y buscando en la crueldad los medios  
de complacerle, y en la barbarie el modo de ha-  
lagarle, se empleaba con los infelices cristianos,  
séres aborrecidos y odiados del impío Dioclecia-  
no, toda clase de martirios, toda clase de humi-  
llaciones, toda clase de muertes.

Y ansiando aterrar á los confesores de Cristo,  
á aquel número infinito de creyentes en la nue-  
va doctrina, que cual los rayos del sol iba inva-  
diendo todo el mundo, y amenazaba destruir los  
ídolos y derribar el capitolio; para la persecucion  
y para los juicios de los cristianos se empleaba  
el mayor aparato y se les daba la mayor publici-  
dad posible, siendo mayor ésta cuanto mas alta  
y mas brillante era la posicion de la víctima.

Julita, una de las damas mas ricas, mas vir-  
tuosas y mas bellas de la ciudad, debia, por con-



siguiente, llamar mas la atencion de los verdugos, y proporcionarles un inmenso triunfo si lo graban hacerla abjurar de sus creencias: un ejemplar aterrador si por el contrario permanecia firme en su fé.

Rodeada de guardias, cercada de sayones fué, pues, la hermosa jóven conducida á aquel lugar, donde la esperaban, á mas del gobernador Domiciano, el juez Alejandro y una multitud de centuriones, de verdugos y de un populacho ansioso de presenciar tales espectáculos.

Domiciano ocupaba un alto sitio colocado entre columnas de pórfido, en medio del estrado, levantado del suelo por dos ó tres gradas, como hemos dicho antes.

Á su derecha estaba el tormento; á su izquierda el juez, preparándose á interrogar; en el centro del salon, pálida, fatigada, envuelta en su velo y con su hijo en los brazos, estaba Julita, tan bella como una azucena, que blanca y llena de perfumes alza su tallo en medio de incultos matorrales y de punzadoras espinas.

—¿Cuál es tu nombre? la preguntó Alejandro, empezando el interrogatorio.

—Julita, viuda de Casto Emiliano; respondió la jóven con dulce voz.

—¿Y sabes de qué te se acusa?

—De lo que forma mi orgullo y mi esperanza: ¡de ser cristiana!

—El juez enmudeció un momento y luego continuó:

—¿Ha llegado á tu noticia el edicto del Emperador, y las penas que aguardan á los sectarios de esa nueva ley?

—No sé cuáles sean: sin embargo, estoy pronta á sufrirlas todas.

—Luego no quieres sacrificar á los dioses?

—Yo solo creo en un solo y único Dios!

—Preparad el tormento, dijo Alejandro volviéndose á los verdugos con frialdad.

Hubo un instante de horrible silencio, en que solo se oia el áspero crujir de las ruedas del suplicio.

Quizá, á no haber sido por este siniestro eco, se hubieran podido escuchar los latidos del corazón de la pobre madre, y su apagada voz que repetia acaso por última vez al oido del niño:

—Hijo, hijo de mi alma, no dejes nunca de amar á Dios, no dejes nunca de ser cristiano, para que podamos vernos en el cielo!

—Separad á ese niño de sus brazos! dijo brutalmente Domiciano, viendo ya preparado el tormento.

El capitán de la centuria, que habia conducido allí á la jóven, se acercó á ella y arrancó á Quirico de su seno.

Una mirada triste y desgarradora, un solo beso, ¡el postrero! pero tan ardiente y tan angustioso como el ¡ay! de un adiós eterno, fué la despedida que la triste madre dió al inocente hijo de sus entrañas.

El soldado tembló á su pesar: era padre, y por primera vez la voz del remordimiento se alzó lenta y severa en su conciencia. Si él hubiese dejado partir á aquella mujer, el pobre niño no quedaria huérfano en breve!

Sin embargo, obedeció sin replicar, y apartó á Quirico de Julita.

Esta fué conducida por dos verdugos y atada sin piedad á la terrible rueda.

(Concluirá).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## VARIEDADES.

### EL ZAPATERO Y EL MARQUÉS.

—Buenos dias, zapatero.

—Á la orden de V. E., señor marqués.

—Extrañarás que abandone mi coche para penetrar en este miserable y oscuro chiribitil.

—Me asombro muy pocas veces. Y en cuanto á lo de miserable y oscuro, perdone V. E. que le diga que ni aquí hay miserias, ni falta la luz bastante para echar unos tacones y unas medias suelas con todo primor, y sin necesidad de ponerme las gafas... ¿Pero á qué debo el honor de...

—Vengo á hacerte una pregunta.

—Ya supongo que V. E. no vendria á mandarse hacer unas botas en casa del pobre zapatero remendon, y hace mal V. E., pues yo le haria unas botas hasta allí; porque las que lleva el señor marqués no son muy buenas, que digamos: tienen mucha apariencia, pero lo que es la duracion.....

—Tú eres viejo, pobre, desgraciado, y estás alegre, no cesas de cantar y de reir; yo soy jóven, rico, afortunado, y siempre estoy triste, no hago mas que bostezar y aburrirme. Dame una explicacion de todo esto.

—Pues es muy sencilla. Yo me conformo con mi vejéz, me acomodo á mi pobreza, y sufro con resignacion las penas que Dios me envia; V. E. gasta su juventud en el deleite, desea mas de lo que posee, y su soberbia no puede acostumbrarse á ningun revés de fortuna; por eso yo, con mi cara arrugada y mis cabellos blancos, soy mas jóven, porque tengo el corazón de un niño y la conciencia sin remordimientos; soy mas rico porque nada ambiciono; soy mas feliz, porque, acostumbrado á despreciar el placer, me cuesta poco trabajo despreciar el dolor.

—¿Dónde has aprendido tanta filosofía?

—Machacando suela.

—No cambiarías tu portal por mis palacios?

—Una moneda de cobre no puede cambiarse en monedas de oro.

—¿No me tienes envidia?

—Por lo visto soy aquí el envidiado.

—¿Eres orgulloso?

—No puedo ser mas humilde. Me paso la vida trabajando á los piés de la humanidad, y vivo, debajo de todo el mundo, en el rincon de un portal.

—Comprendo tu felicidad, y me marcho enviándola. ¿Sientes quedarte solo sin mi noble presencia? Pocas veces te habrás visto mas honrado.

—Yo siempre estoy en compañía de un señor mas grande, mas ilustre, mas poderoso.

—¿Mas poderoso que yo? ¿Quién?

—Dios!

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.